

Las fronteras DE LA MEMORIA

Rosario Pérez Villanueva



CALIGRAMA

Las fronteras
DE LA
MEMORIA

Rosario Pérez Villanueva



Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

Las fronteras de la memoria

Primera edición: junio 2018

ISBN: 9788417426118

ISBN eBook: 9788417426835

© del texto:

Rosario Pérez Villanueva

© de esta edición:

CALIGRAMA, 2018

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A la memoria de mis abuelos, siempre vivos en el
recuerdo*

A mis padres, por creer tanto en mí

*Y a mi hijo, Daniel, por enseñarme que el amor no tiene
límites*

Nota de la autora

Este libro es una novela y, por tanto, una ficción. No obstante, aparecen en ella hechos históricos que realmente sucedieron, así como localizaciones geográficas, paisajes y otras descripciones a los que he tratado de ser todo lo fiel que me han permitido mi experiencia personal y profesional, mis viajes y mis lecturas. En este sentido, los títulos y los nombres de los autores de los libros que aparecen mencionados en la novela se corresponden fielmente con la realidad.

Por lo demás, tanto la trama como los personajes son fruto de mi imaginación, y a ella deben achacarse sus actos y sus circunstancias, sus emociones y sus pensamientos, sus derrotas y sus victorias.

Tan solo algunos personajes secundarios —como el responsable de los Archivos de Gibraltar, el director del *Gibraltar Chronicle* y una de los profesionales sanitarios que atienden a Vicenta— existen en la vida real, aunque no aparezcan en la novela con sus verdaderos nombres y me tome, a la hora de darles voz, alguna que otra licencia narrativa; al igual que me la tomo con el Alzheimer, enfermedad que, por desgracia, suele ser más fea y cruel de lo que aparece en la novela, y que mi familia y yo, como la de Daniela, también tuvimos que aprender a conocer y sobrellevar.

Por lo que respecta a los personajes principales, siempre estaré en deuda con la figura de José Villanueva, un pariente lejano al que no llegué a conocer, pero a cuya existencia debo la chispa inicial que prendió la llama de la inspiración para crear el perso-

naje de Fernando y escribir esta novela, además de la extensa y maravillosa familia que tengo en Panamá.

Como Daniela, yo también soy periodista; también perdí mi trabajo y también aprendí que toda crisis puede transformarse en una oportunidad. En cuanto al resto, como se suele decir en estos casos —y con razón—, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

(ALGECIRAS, 7 DE OCTUBRE DE 2012)

—Hacía mucho viento. Hacía tanto viento que el pelo se me enredaba en la cara y no podía verlo bien. Y él se iba; se iba montado en su bicicleta, como todos los días, sin mirar atrás, con la cabeza alta y la espalda recta, pedaleando con fuerza hacia adelante, siempre hacia adelante. Él se iba y yo no podía verlo, aunque me apartara el pelo de la cara, porque las lágrimas me nublaban la vista, me temblaban las piernas y el pecho me dolía. Yo no sabía que era la última vez que lo veía, que ya no lo vería nunca más, que se iba para siempre y que se iba sin despedirse, sin mirar atrás, sin volverse ni una sola vez para decirme adiós con la mano, como había hecho otras veces. Pero claro, a lo mejor él tampoco sabía que se iba para siempre, que no volvería a mirarme con aquellos ojos suyos tan azules; que no volvería a verme allí, quieta, de pie, llorando y sintiendo que me moría...

—Abuela, abuela. ¿Qué te pasa? ¿Qué dices? ¿De quién hablas? —murmuré incorporándome en el incómodo sillón.

—Yo le quería, le quería tanto... —Vicenta, mi abuela, seguía hablando como en sueños, con los ojos cerrados y una lucidez que hacía tiempo que no le conocía. Pero yo no sabía de quién hablaba.

—¿A quién, abuela? ¿A quién querías tanto? —le pregunté cogiéndole la mano, sin saber si estaba dormida o despierta.

—¡Era tan guapo Fernando! ¡Era tan guapo...! Y tan listo, tan noble, tan valiente... ¡Y yo le quería! Y me quedé allí, como una tonta...

—¿Quién era Fernando, abuela? ¿Quién era? —insistí acercando mi cara a la suya, por si abría los ojos y me miraba.

Pero mi abuela, Vicenta, ya no me escuchaba. Se quedó callada y siguió durmiendo, y yo volví a arrebujarme en el sillón, medio tapada con una manta, sabiendo que ya no iba a poder conciliar el sueño.

Eran casi las siete de la mañana y el sol, tímidamente, empezaba a asomar por la ventana del hospital Punta de Europa. Una mañana más, al otro lado de la bahía ya estaba amaneciendo.

Capítulo 1

La primera vez que atravesé el umbral del geriátrico en el que habían ingresado a mi abuela se me cayó el alma a los pies.

Había vuelto a Algeciras aquella misma mañana, después de que la tarde anterior mi madre me hubiera asegurado por teléfono que no tenía alternativa. Mi hermana, Palma, que desde hacía ya un par de años vivía en Andorra, había sufrido una amenaza de parto prematuro que la iba a obligar a guardar reposo durante al menos un par de meses, y mis padres habían decidido que ya no esperaban más. Habían hecho las maletas y me habían dejado las llaves del adosado de Getares dentro de un sobre en casa de la vecina, por si yo no llegaba a tiempo antes de que se fueran y ni siquiera nos cruzábamos.

Pero sí, llegué a tiempo.

A tiempo de escuchar los reproches de mi madre, Victoria, que, como era habitual en ella, dedicaba los primeros minutos de nuestros cada vez más espaciados reencuentros a lamentar mi ajetreada forma de vida, mi aspecto, mi desapego hacia mi tierra natal.

—Hay que ver, Daniela, hay que ver. Que tenga que pasar esto para que vengas unos días por aquí... Sí, ya sé, no me lo digas, no tienes tiempo, nunca tienes tiempo de nada, hija. Así estás de delgada, todo el día de un lado para otro, estresada perdida, que seguro que no te sientas ni a comer en condiciones.

—No estoy estresada, mamá, eres tú la que te estresas —repliqué besándola en la mejilla, intentando no perder la paciencia

nada más llegar a casa—. Y sí me siento a comer y a reposar la comida, aunque no te lo creas.

—¿Qué te voy a creer? Si no hay más que verte, si te estás quedando hecha un suspirito... —insistió mi madre, a pesar de que yo todavía no había tenido tiempo ni de poner la maleta en el suelo.

—Ven aquí, suspirito. ¡Que tenía muchas ganas de darte un abrazo! —la interrumpió mi padre, apareciendo en el porche con su voz de locutor de radio, y dirigiéndose hacia mí con su sonrisa franca y su habilidad para darle siempre la importancia justa a las cosas—. Y no le hagas caso a tu madre —me susurró al oído mientras me achuchaba con fuerza entre sus brazos—. Sabes que se preocupa mucho por ti.

—Ya lo sé, papá. Demasiado —repliqué recreándome en la calidez de su abrazo, en su olor a colonia fresca, en la agradable sensación, aunque traicionera, de estar otra vez en casa.

Mis padres aún no lo sabían y yo iba a tardar en contárselo, pero en las últimas semanas estaba atravesando los que, en aquel entonces, me parecían los peores momentos de mi existencia. En apenas unos días, todo mi mundo parecía haberse vuelto del revés: por primera vez en mi vida laboral, me habían echado del trabajo, algunas de las personas a las que consideraba mis amigos habían desaparecido y el hombre al que creía querer con toda mi alma acababa de demostrarme que no estaba dispuesto a sacrificarse por mí.

Me sentía hundida, rota por dentro, y no sabía cómo hacer para empezar a recomponer los pedazos. Ni siquiera era capaz de escribir medio folio de una novela que tenía empezada, y hasta había dejado de salir; yo, que nunca he parado mucho tiempo bajo techo. Aquellos últimos días de septiembre de 2012, apenas me faltaban unos meses para cumplir los cuarenta y, por primera vez en mi pequeña historia, no tenía ni la más remota idea de qué hacer con mi vida.

Y entonces, de pronto, pasó lo de mi hermana.

Palma llevaba ya algún tiempo viviendo en la otra punta de la península, en una pequeña ciudad entre montañas llamada Escaldes-Engordany, por la simple y llana razón de que estaba enamorada hasta las trancas de un andorrano alto, corpulento y adorable al que había conocido durante un intercambio en la Facultad de Farmacia de Cádiz cuando aún eran estudiantes, y al que finalmente, después de años de relación a distancia y varias crisis superadas, había decidido seguir a aquel rincón de los Pirineos. Dos años después de aquella escapada, que no tardó en oficializarse con la boda correspondiente, Palma afrontaba un embarazo que había resultado ser de alto riesgo y que, finalmente, después de un pequeño susto con ingreso hospitalario de por medio, les había llevado a ella y a su marido, Antoni, a pedir un extra de ayuda familiar.

Así que allí estaba yo, otra vez en Algeciras, preguntándome cuánto tiempo duraría todo aquello y confiando —egoístamente, lo reconozco— en que mis padres estuvieran por la labor de regresar cuanto antes.

—No lo sé, hija. No sé cuánto tiempo vamos a estar por allí arriba, dependerá de cómo encontremos a tu hermana... —se apresuró a aclarar mi madre en cuanto formulé la pregunta de marras mientras los ayudaba a guardar las maletas en el coche. Y añadió—: De todas formas, ya sabes cómo es ella...

Pues sí, claro que lo sabía: una pupas. Muy buena, muy inteligente, muy cariñosa, muy valiente y decidida para sus cosas, pero una pupas, una mujer aparentemente fuerte que se volvía frágil y asustadiza en cuanto un atisbo de enfermedad, el que fuera, hacía acto de presencia en su apacible vida. Y no hacían falta grandes padecimientos: un dolorcillo de vientre, unos gases, unas décimas de fiebre o un poquito de molestia en la garganta al tragar eran motivos más que suficientes para que Palma, mi hermana, se viniera abajo, acudiera al centro de salud, acosara al médico con preguntas y luego, fuera cual fuera el diagnóstico, se

tumbara en el sofá, se tapara con una manta y empezara a comerse el coco.

Dios mío... Me imaginaba el susto que debía de haberse llevado cuando, en mitad de la noche y a falta todavía de tres meses para su fecha de parto, se había despertado con dolores que parecían como de regla y que, una vez monitorizados, habían resultado ser contracciones. Me imaginaba las lágrimas corriendo por su cara, el temblor incontrolable de manos y piernas, el deseo irrefrenable de salir corriendo cuando la matrona de guardia le dijo que ni hablar, que ella no se iba a ninguna parte, que aquello tenía toda la pinta de que la criatura se empeñaba en salir mucho antes de lo previsto y que había que intentar pararlo como fuera.

Un par de horas y algunas ecografías después, mi hermana estaba ya ingresada en la planta de maternidad del hospital Nuestra Señora de Meritxell, con un brazo conectado a un gotero lleno de bolsas y el otro fuertemente sujeto a su marido, que seguramente habría tenido que echar mano de toda su paciencia —que era mucha— y de toda su capacidad de convicción —que era mucha también— para intentar tranquilizarla.

Así, al menos, me lo estaba contando mi madre, que, como era habitual en ella, se deshacía en elogios hacia su yerno cada vez que tenía ocasión.

—Ay, Daniela, vida mía, no sabes las ganitas que tengo de que encuentres tú también un muchacho como el Antonio; un buen hombre con la vida resuelta, que te quiera, que se deje de tontearías y que te haga sentar la cabeza, hija, que los años pasan y tú ya tienes una edad... —se apresuró a lamentarse la autora de mis días, ignorante del daño que empezaban ya a hacerme, aunque yo no lo quisiera admitir, frasecitas como aquellas.

—Déjalo, mamá, no empieces otra vez con lo de siempre, que no está el horno para bollos... —la interrumpí porque no estaba dispuesta a tragarme todo el sermón.

Lo cierto era que mi madre, en el fondo, tenía razón. Y yo lo sabía, lo había sabido siempre; sabía que mi tendencia perpetua a enamorarme de quien no me convenía no me auguraba nada bueno. Y sí, claro que sí, por supuesto que me convendría conocer a alguien como mi cuñado Antoni, que hubiera sido capaz de seguir a mi hermana al fin del mundo si antes no lo hubiera seguido ella a él.

Pero ese «alguien», ese hombre perfecto que no solo se enamorara de una hasta el infinito y más allá, sino que, además, se lo mereciera todo y fuera capaz de ser, a la vez, el marido ideal, el padre ideal, el yerno ideal, el amigo, el amante, el confidente; ese «todo en uno» con el que, en el fondo, todas las mujeres soñamos, no aparecía. Pasaba el tiempo y no aparecía, y a mí me faltaban meses para dejar de ser una treintañera, y mis ovarios, encima, estaban envejeciendo, tal y como me había recordado una tarde mi ginecóloga sin ningún atisbo de piedad, después de cobrarme ciento veinte euros por la revisión de todos los años.

Sí, me estaba haciendo mayor, y las palabras de mi madre me dolían más de lo que a ella se le hubiera ocurrido imaginar; sobre todo porque hacía apenas unos meses que había decidido dar por muerta y enterrada mi historia con Darío y me encontraba hecha polvo por dentro y por fuera, lastimada y desorientada como un perrillo abandonado.

Mi vida en aquellos momentos era un completo desastre y yo lo sabía, pero mi madre no; mi madre ni siquiera se lo imaginaba, y por eso acababa de ser cruel sin pretenderlo, inocente en su manera acelerada de hablarme, como si yo siguiera siendo una adolescente alocada y ella me esperara despierta de noche para regañarme, pero también para poder, por fin, acostarse tranquila.

¿Cómo contárselo? ¿Por dónde empezar? ¿Cómo explicarle a mi madre, Victoria, que era transparente como el cristal, que yo, su hija mayor, había vivido los últimos cinco años de mi vida en

una mentira? ¿Cómo resumirle, sin herirla, que había sido la amante de un hombre casado, un madurito Peter Pan y seductor que, además, era mi jefe? Un cobarde que, a la hora de la verdad, cuando más lo había necesitado, me había dejado tirada, y que, en el fondo, nunca debía haber sentido por mí ni la mitad de lo que yo había llegado a sentir por él. Aunque nunca me hubiera gustado esa palabra e hiciera mucho tiempo que hubiera dejado de creer en ella, lo cierto era que yo en el «pecado» llevaba la penitencia.

—Daniela, ¿te has enterado de lo que te he dicho? —La voz de mi padre se coló entre mis pensamientos y me trajo de nuevo a la realidad, a Algeciras, al porche de la entrada de la casa de Getares.

—Sí, bueno, un poco... —balbuceé—. Perdona, estaba pensando en mis cosas...

—*Tus cosas, sean las que sean, también son nuestras cosas* —añadió mi padre con una sonrisa, pronunciando con más énfasis los dos posesivos—. Que no se te olvide.

—No te preocupes, no se me olvida —acerté a responder, porque no era momento para entrar en detalles ni había tiempo para explicaciones.

Todas las maletas estaban ya en el coche; mi padre había cogido las llaves y mi madre se disponía a darme la última lista de consejos y recomendaciones antes de partir.

—Lo primero que tienes que hacer es ir a ver a la abuela, que se acuerda mucho de ti la pobre, a pesar de lo suyo...

Lo suyo se llamaba Alzheimer, y por eso estaba Vicenta Martín ingresada en un geriátrico, después de haber vivido los últimos nueve años —los nueve años que habían transcurrido desde que muriera mi abuelo— en casa de mis padres.

Mi madre no se cansaba de explicarle a todo el que le preguntara por el asunto que mi abuela en ningún momento había sido un estorbo para ella, «jamás», pero que su enfermedad había ido avanzando y había llegado un punto en que la situación en casa

era insostenible. A causa del Alzheimer, y también, según los médicos, de una incipiente demencia senil, mi abuela había ido volviéndose con el tiempo más y más ingobernable, y mi madre se encontró una noche llorando en el suelo del cuarto de baño, de impotencia y de puro cansancio, porque mi abuela se le había vuelto a caer en el plato de la ducha cuando intentaba bañarla y se había hecho un nuevo moratón en la cadera. Después, cuando había intentado incorporarla, le había tirado varios pellizcos en el brazo y le había intentado pegar un mordisco, no sin antes lanzarle insultos que mi madre nunca le había escuchado decir en voz alta.

Así se las había encontrado mi padre cuando llegó a casa después de su cervecita de los viernes con sus antiguos compañeros de trabajo: en el suelo del cuarto de baño, junto a un charco de agua, tiradas las dos; mi madre llorando y mi abuela blasfemando y pidiéndole a Dios que se la llevara ya al otro barrio, que qué había hecho ella de malo en esta vida para tener una hija tan desagradecida y tan torpe.

—Así no podemos seguir ni un día más —sentenció mi padre, y mi madre aquella vez ya no le llevó la contraria. Como no se la llevó ni puso el grito en el cielo, la tarde en que mi padre apareció, algunos días después del incidente, con los papeles listos para el ingreso de mi abuela en una residencia de pago, a dos pasos del Hospital Punta de Europa, y a algunos más, pero no muchos, del domicilio familiar—. Tu madre necesita que estén pendientes de ella las veinticuatro horas del día, y tú no has nacido para enfermera, Victoria —añadió mi padre. Y ya no hubo nada más que hablar.

Se terminaron, pues, los sobresaltos en la casa de Getares, las noches sin dormir en condiciones, porque mi abuela se despertaba tres o cuatro veces en mitad de la madrugada y se ponía a dar voces o se empeñaba en quitarse el pañal que la mantenía seca y se enrabietaba porque no podía, y se caía al suelo, y se ponía a insultar a mi madre con aquellas palabras malsonantes